

donde se les dijo que las negociaciones iban á terminarse de una manera feliz, y que como estuviere adelantada la estacion, juzgaba el emperador que ya podian regresar á sus diócesis. Creyéronse algunos con derecho de pedir algo mas, queriendo que se les informase de lo que habian practicado sus diputados; otros hablaron de trasportarse á Nuestra-Señora para cerrar el concilio con las ceremonias acostumbradas. Mas dejóselos sin satisfacerlos tanto sobre uno, como sobre otro de dichos puntos; por cuanto no habia de haber en este simulacro de concilio nada que arguyese regularidad. De consiguiente puede decirse que se disolvió por segunda vez, dado caso que pudiera considerársele como existente todavía, despues del decreto del 10 de julio, del encarcelamiento de tres obispos y de la retirada de algunos otros. Los diputados de Savona, despues de alguna residencia en esta ciudad, se fueron sucesivamente sin haber practicado nada, y con el tiempo tambien tuvieron que volverse los cardenales á París. De esta suerte se terminó definitivamente esta asamblea de obispos, convocada con tanta publicidad, cuya historia recuerda esos concilios reunidos en los tiempos del Bajo-Imperio, bajo los emperadores arrianos. El mismo manejo, el mismo terror de la corte. Los comisionados de Constancio y de Valencio no fueron mas artificiosos que los de Napoleon. Constantemente se trazó de antemano la marcha del concilio, sin que se le permitiese ni

reunirse, ni deliberar sino á medida de los antojos del emperador. Olvidémonos de que ciertos obispos favorecieron sus miras con una complacencia poco digna, y no nos acordemos sino de aquellos que sostuvieron su caracter y los derechos de la Iglesia. Buen cuidado tuvo Bonaparte en no consentir la publicacion de los actos, y se apoderó de todos los documentos que tenian relacion con ellos; lo cual llena de asperidades el empeño del historiador. Sin embargo creemos no haber omitido nada de importante y hemos hecho todo lo que ha estado á nuestro alcance para dar una idea exacta de uno de los hechos mas interesantes de la historia eclesiástica de estos últimos años.

1812.

— El 20 de junio llega el Papa á Fontainebleau. Mas de tres años hacia que se hallaba detenido en Savona el soberano Pontifice. Vivía allí en un profundo retiro, mayor todavía desde fines de 1810 y principios de 1811, en cuya época lo trataron con mas insolencia y mas rigor. Las pesquisas que se practicaron en su aposento, la visita y arrebató de todos sus papeles; el destierro y la prision de sus servidores fueron los preludios de un cautiverio completo. No veia á nadie absolutamen-

te, por eso el príncipe Camilo Borghesi, su súbdito, y carcelero, escribía á Bonaparte : *está completamente incomunicado, de suerte que es difícil conocer la posicion moral de su espíritu.* Lisonjeábanse sus perseguidores de que lo habian de fatigar y abatir á fuerza de malos tratos. No se interrumpió la soledad del Papa sino de tarde en tarde cuando se le enviaba alguna diputacion de cardenales ú obispos. Muchos de estos prelados habian pasado algun tiempo junto á él, y un enviado de la corte de Austria habia hecho un viage á Savona con el designio de apoyar las solicitudes de aquel á quien acababa de unirse á esta potencia. Mas todos estos pasos no tuvieron ningun resultado, siendo imposible por otra parte el tenerlo, pues que habian de dar con un hombre caprichoso y furibundo. Así que, no se podia prever cual seria el término del cautiverio del gefe de la Iglesia, cuando vino de repente una orden para que lo trasladasen á Fontainebleau. Nunca se ha sabido de fijo el verdadero motivo de esta traslacion, la cual se verificó por los dias en que se dió principio á esa guerra contra la Rusia que habia de tener tan fatal éxito. Acaso contando tambien con la victoria, se proponia Bonaparte señalar su triunfo, á su regreso, con nuevos atentados, y con la destruccion completa de una autoridad que no habia podido doblegar. Otros han creído que el Austria habia reclamado con fuerza algunas templanzas con respecto á la suerte del Papa. Sea lo que se fuere, lo cierto es

que se dió una orden para conducir al Papa á Fontainebleau. Háse dicho que se atrevieron á disfrazar al gefe de la Iglesia obligándole á hacer uso del traje comun de los legos; mas nada ha probado esta indignidad, y es probable que no se hizo otra cosa que tomar precauciones para conducirlo secretamente, acordándose de los testimonios de respeto que habia recibido tres años atras en todo el camino. Un momento antes de la partida se lo participaron y ni siquiera se permitió que le acompañase el único prelado que se habia quedado cerca de él, el señor Bertazzoli, arzobispo de Edessa, el cual no se le reunió hasta Stupinis, cerca de Turin. Llegaron el primer dia al Monte-Cenis, en cuyo hospicio se alojó el soberano Pontífice. Háse dicho en un escrito moderno que cayó enfermo en este hospicio y que llegaron á administrarle los sacramentos; con todo aun cuando efectivamente se hallare indispuerto, no lo estuvo en tal grado que fuese necesario administrarle, pues solo permaneció allí tres dias, y á pesar de todas las precauciones que se estaban tomando, no se tardó en descubrir quien fuese el augusto viagero. Apresuráronse en hacerle partir para sustraerlo á los testimonios de interés y respeto que importunaban á sus carceleros, y le condujeron con una estremada celeridad. El carruage en que iba atravesó la ciudad de Leon, á las diez de la noche de 18 de junio, hora buscada á propósito para atravesar esta ciudad; pues no habian olvidado la acogida que habia recibido

Pio VII en Leon ocho años antes, con lo cual se quiso mortificar á la vez al Papa y al cardenal Fesch, residente en la actualidad en Leon, y caido del favor de Bonaparte. El dia 20 de junio llegó el Pontífice á Fontainebleau, cuyo viage habia sido tan rápido que llegó antes que la orden de recibirlo en el palacio. El portero no se atrevió á abrirle los aposentos y lo recibió en su habitacion. Algunas horas despues llegó la orden de preparar las estancias de palacio para S. Santidad, y el ministro de los cultos, de por junto con el intendente de la corona no tardaron en venirle á saludar. Los cardenales que se hallaron en París y que no pertenecian al número de los que habian incurrido en alguna nueva desgracia, ó sufrido nuevo destierro, recibieron tambien la orden de ir á tributar sus homenajes al gefe de la Iglesia, del propio modo que el arzobispo de Tours, y los obispos de Nantes, de Treves, y de Evreux, los cuales habian ya desempeñado una mision junto al Papa. Algunos dias despues publicó su llegada á Fontainebleau el periódico oficial, lo cual fué mucho mas digno de observacion; por estar guardando los periódicos desde mucho tiempo á aquella parte el mas profundo silencio sobre todo lo que concernia al sumo Pontífice. Hasta se hizo circular el rumor de que Pio VII debia venir á París, y en efecto se hicieron preparativos en el palacio arzobispal, el cual habia de ser una de sus residencias, en virtud de un senatus-consulta que

habia hecho decretar Napoleon. Plantóse en dicho palacio un jardin, se edificaron caballerizas, y ya estaba aguardando el cardenal Maury tener que ceder su puesto al santo Padre; mas no pasó de un mero temor. El déspota mudó de parecer, y el Papa permaneció en Fontainebleau, donde llevaba una vida igualmente retirada que en Savona. Oia misa en sus aposentos, no salia jamas, y no tenia otra compañía que la del arzobispo de Edesa, ni mas visitas que las personas ya indicadas. No parece que todas estas le fuesen igualmente agradables, y se asegura, entre otras cosas, que pidió como un favor que no le importunasen mas con las visitas de un cardenal á quien miraba como un ingrato, como un desertor de su causa y un agente de su enemigo. Por lo demas, su paciencia y su resignacion no estaban agotadas todavia, permanecia tranquilo en medio de tantos objetos de disturbios; y se ha dicho que mas de una vez consolaba á los que se le acercaban, haciéndoles entrever el cercano fin de sus males, y la vuelta de dias mas felices para la Iglesia y para él mismo. Y sin embargo no habia á la sazón, ninguna apariencia de una mudanza favorable, al contrario, humanamente hablando, la situacion de la Iglesia se hallaba en una situacion mas desesperada que nunca. Vanamente buscaban con ardor los fieles esa silla antigua contra la cual descargaba repetidos golpes una mano encarnizada. Ya no se tenia ninguna relacion con ese centro de unidad, los cardenales se halla-

ban desterrados, ó presos, y los prelados romanos dispersos por cien partes. Durante este año se reprodujeron las persecuciones contra los eclesiásticos del Estado de la Iglesia, y les pidieron un juramento de fidelidad que la mayor parte rehusaron; lo cual dió margen á un torrente de nuevos desastres. Desterróse á los unos ó se les encerró en algunas fortalezas de Italia; deportóse á otros á Córcega donde se les puso en la carcel, tratándolos con la mas odiosa inhumanidad, dejándolos perecer de hambre, y privándolos de todo lo que les era necesario. Leyendo los detalles de sus sufrimientos uno se cree trasladado al reinado de los primeros perseguidores de la religion¹. Hallábase Roma sumergida en un mar de confusion y desorden. Encarnizados los agentes de Bonaparte contra el clero, como su presa favorita, alentaban la perfidia y castigaban la fidelidad animosa. No se oia hablar mas que de delaciones, de visitas domiciliarias, de encarcelamientos, de destierros, y de condenaciones arbitrarias. Ser fiel á sus juramentos se llamaba ser revoltoso; violarlos era un título para el favor; y los emisarios de la usurpacion se creian haber obtenido un triunfo, cuando á fuerza de amenazas, ó de halagos, llegaban á seducir algun súbdito del Papa. Hubiérase dicho que Tiberio habia resucitado en los mismos lugares, para ejercer otra vez en ellos su política sospe-

¹ Véase el *Amigo de la Religion y del Rey*, tom. I, p. 87.

chosa y cruel. Llenas estaban las cárceles, y el castillo de san Angelo ya no podia contener las numerosas víctimas de la tiranía. Véase renovar en Francia contra los sacerdotes la inquisicion, las pesquisas, las prisiones usuales de los mas espantosos dias de la revolucion. El mas ligero delito, la mas leve sospecha, bastaba para que se los persiguiese, los conducian á las cárceles de Estado, donde no tenian que aguardar ni declaraciones, ni sentencia. La policia tenia órdenes especiales de vigilar el clero, y desempeñaba celosamente esta mision. Gravitaba la mano del despotismo sobre todos los ministros del altar; y los mismos disturbios que los propios déspotas suscitaban en algunas diócesis, con sus medidas violentas y arbitrarias, les daban pie y pretesto para redoblar sus rigores. Ya hemos visto que, cuando se disolvió el concilio se encerró á tres obispos en Vincenas. Dejóseles allí incomunicados, sin ninguna relacion ni entre ellos, ni con los demas, y despues de cuatro meses de tan cruel trato, se les hizo dar la dimision de sus sillas, y añadir, ó por lo menos así se ha dado á luz, la promesa de que no se ocuparian mas en la administracion de sus diócesis. Luego que este acto estuvo firmado, se les hizo partir inmediatamente, al obispo de Tournay para Gien, al obispo de Gante para Beaune, y al obispo de Troyes para Falaise, en cuyos lugares debian estar bajo la vigilancia de la policia. Por los mismos dias, á 23 de noviembre, el ministro de los

cultos escribió á los cabildos respectivos anunciándoles que su obispo había hecho dimision; que la silla quedaba vacante, que los vicarios generales no tenían por lo mismo ningun poder, y que el cabildo debia encargarse de la jurisdiccion y nombrar otros vicarios generales. Semejante carta causó tanta sorpresa, como disturbios en las tres diócesis respectivas. La dimision forzosa de los obispos, y firmada en una torre, no parecia tener grande fuerza, y en todo caso, antes de producir sus efectos, debia aceptarla la autoridad competente. Hasta este momento no podia declararse la silla como vacante, los vicarios del obispo ejercian validamente la jurisdiccion, y por lo tanto no podian los cabildos apoderarse legítimamente de ella. Sin embargo el gobierno llegó á dictar nuevos nombramientos. Nombróse en Troyes para grandes vicarios á dos canónigos, los cuales lo habian sido anteriormente por el obispo, de consiguiente gozaban de jurisdiccion, de suerte que esta eleccion tranquilizó algo las conciencias, y se prosiguió gobernando en nombre del obispo ausente. Parece que en Tournay se pasó la cosa á poca diferencia del propio modo. En Gante, el cabildo escribió, con fecha 17 de noviembre, al ministro de los cultos, haciéndole algunas observaciones que fueron desoídas. El prefecto se hallaba en Paris, y recibió la orden de marcharse cuanto antes á Gante y obligar al cabildo á la obediencia; mas muchos de sus canónigos ya se habian ocultado: Reuniéronse con

todo seis, y á 5 de diciembre eligieron tres grandes vicarios, uno de los cuales era el S. de Broglie, el cual prometió, á lo que parece, administrar solamente como gran-vicario del prelado. De consiguiente el clero de Gante no se dirigia sino á este, considerándolo como el único legítimo de los tres nombrados por el cabildo, uno de los cuales se ocultó y rehusó el nombramiento. Quedáronse las cosas en este estado hasta el año siguiente, en el cual nuevas violencias de parte del gobierno acabaron de introducir la confusion en las tres diócesis.

— El 25 de enero, artículos firmados en Fontainebleau entre el Papa y Bonaparte. Ya iba declinando la pujanza del grande árbitro de Europa, cuya caída habia preparado una campaña desastrosa. Su loca ambicion acababa de hacer sucumbir á centenas de millares de hombres en los hielos de la Rusia, habiendo sido Moscow, donde se habia lisonjeado con la vanidad de entrar como vencedor, el fatal término de su larga prosperidad. Señalóse su retirada de esta ciudad con un desastre espantoso, del cual no ofrecen ejemplo los anales de la historia. Casi todo su ejército entero pereció de frio; él mismo se vió en la necesidad de huir,